



Gaby Salido

Peligrosa, la participación ciudadana

Que un ciudadano deba presentar una queja ante Derechos Humanos porque diputadas locales lo acosaron por participar en el presupuesto participativo no es un detalle menor.

Es la muestra de hasta dónde puede llegar la mezquindad política cuando la democracia deja de ser un valor y se convierte en un obstáculo. Igual que en el abuso plenamente identificado desde la sociedad civil con el ya famoso “dato protegido” hoy es ya normal ver los excesos contra ciudadanos de diferentes actores políticos de Morena.

El presupuesto participativo no es un trámite burocrático: es uno de los pocos espacios donde las y los vecinos deciden directamente cómo gastar recursos en su colonia. Se trata de democracia en estado puro, la más cercana y tangible. Por eso resulta tan valiosa. Por eso es tan incómodo que funcione.

En la colonia Anzures, en la alcaldía Miguel Hidalgo de la Ciudad de México, lo que debería ser un ejercicio limpio de ciudada-

nía fue invadido por tres legisladores de Morena que, desde su cargo y con recursos públicos, desplegaron una operación digna de caricatura, pero con consecuencias muy reales: volantes para desinformar, convocatorias para manipular la asamblea y, lo más patético, videos con supuestos “vecinos preocupados” que en realidad son personajes creados por inteligencia artificial. Falsos rostros, falsas voces, falsos argumentos. Ni siquiera tuvieron el valor de dar la cara con vecinos de carne y hueso; el resultado: una victoria pírrica por aproximadamente 20 votos.

¿De qué democracia hablamos si quienes deberían protegerla recurren a algoritmos para fingir apoyo? ¿Qué mensaje mandan a la ciudadanía cuando un proceso diseñado para empoderar a la comunidad se convierte en un campo de intimidación?

Lo ocurrido en Anzures no es un caso aislado, sino una advertencia: para todos. Para Morena, la participación ciudadana solo sirve si está controlada. Cuando los vecinos deciden con autonomía, se vuelven un problema a contener, no una voz a escuchar. Y ese desprecio se refleja incluso en el absurdo de preferir una simulación digital antes que un diálogo real.

Por eso el ciudadano tuvo que acudir con sus propios medios a la Copred, el IECM, Derechos Humanos, entre otros: porque no hay peor abuso que usar el poder público para sofocar la participación que debería fortalecerse. Lo más alarmante no es el ridículo de los videos con IA, sino la impunidad con que se pisotea un derecho básico.

El presupuesto participativo debería ser un recordatorio de que la ciudad también se construye desde la comunidad, con la voz de quienes la habitan. Hoy, en cambio, es el espejo de un poder que teme a la democracia real. Y ese miedo, vestido de propaganda y algoritmos, es la verdadera amenaza a nuestra vida pública.

Especialista en temas de Desarrollo y Planeación
@gabysalido